

Sandra Gayol y Silvana A. Palermo
(editoras)

**Política y cultura de masas
en la Argentina de la primera
mitad del siglo xx**

Florencia Calzón Flores, Juliana Cedro, Erica Cubilla,
Maximiliano R. Figuepron, Mercedes García Ferrari,
Sandra Gayol, Carolina González Velasco,
Cinthya Lazarte, Silvana A. Palermo, Laura Prado Acosta,
Mariela Rubinzal y Jeremías Silva

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Política y cultura de masas en la Argentina de la primera mitad del siglo XX /
Florencia Calzon Flores ... [et al.] ; editado por Sandra Gayol ; Silvana Palermo. -
1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018.
344 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades ; 39)

ISBN 978-987-630-384-2

1. Cultura de Masas. 2. Argentina. 3. Industria Cultural. I. Calzon Flores,
Florencia II. Gayol, Sandra, ed. III. Palermo, Silvana, ed.
CDD 320.6

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@ungs.edu.ar
www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa
Diagramación: Eleonora Silva
Corrección: Edit Marinozzi

Hecho el depósito que marca la Ley 11723
Prohibida su reproducción total o parcial
Derechos reservados

Impreso en DP Compañía Impresora
Tacuarí 123 (C1071AAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de agosto de 2018.
Tirada: 150 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Agradecimientos.....	9
Política de masas y cultura de masas: recorridos y convergencias <i>Sandra Gayol y Silvana A. Palermo</i>	13
Primera parte	
El Estado y la política de masas	
“La moda de las libretas”. Los orígenes de un sistema documentario en la Argentina <i>Mercedes García Ferrari</i>	31
La conexión La Plata-Avellaneda: entre un camino y un tren (1907-1916) <i>Juliana Cedro</i>	55
El caso del cinematógrafo escolar en entreguerras: tensiones entre Estado, mercado y política en Santa Fe <i>Mariela Rubinzal</i>	73
“La sublevación de la cárcel de Neuquén”: prensa y política en los albores de la república democrática <i>Jeremías Silva</i>	99
¿Alcaldía de Contraventores o “Cárcel de Villa Devoto”? : representaciones en disputa en torno a un barrio porteño en los años treinta <i>Erica Cubilla</i>	125
Poliomielitis en Buenos Aires: imaginarios sobre la parálisis infantil (1936-1943) <i>Maximiliano Ricardo Figuepron</i>	149

Segunda parte
La política en la cultura de masas

La “lotería electoral”: la primera campaña presidencial bajo la Ley Sáenz Peña en las revistas ilustradas (Argentina, 1916) <i>Silvana A. Palermo</i>	169
Otros escenarios para la política en los años veinte: el teatro de género chico <i>Carolina González Velasco</i>	201
Entre el comunismo y la industria cinematográfica argentina: los escritores-argumentistas Pondal Ríos, Amorim y Yunque (1938-1941) <i>Laura Prado Acosta</i>	229
Médicos, amor y celos. Una emoción en transformación (Buenos Aires, 1930-1940) <i>Cinthya Lazarte</i>	247
Hugo del Carril: el galán cantor y el artista comprometido <i>Florencia Calzón Flores</i>	267
La unanimidad de la congoja: la muerte de Eva Perón en 1952 <i>Sandra Gayol</i>	289
Bibliografía.....	315
Sobre lxs autorxs.....	339

Agradecimientos

Este libro es el corolario de varios años de trabajo conjunto de un grupo de investigadores e investigadoras de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ) y la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Hace ya más de cinco años, en el marco de nuestro proyecto de investigación “Política y Cultura. Siglos XIX y XX” radicado en el Instituto de Ciencias (ICI) de la UNGS, advertimos la necesidad de reflexionar sobre abordajes, interrogantes, objetos, métodos y fuentes que posibilitaran la construcción de puentes entre estos dos vastos campos –la política y la cultura– en el que confluían nuestras investigaciones puntuales sobre diferentes temas de la historia argentina de la primera mitad del siglo XX.

Con miras a este fin, organizamos dos jornadas en la UNGS –el 25 de junio de 2013 y el 5 de diciembre del 2014– en la que participaron investigadores de distintos institutos de la Universidad y especialistas pertenecientes a universidades de diversos puntos del país. Agradecemos al ICI y a la Secretaría de Investigación de la UNGS el otorgamiento de los fondos que hicieron posible su realización. Al iniciarse el 2015, decidimos, junto a Carolina González Velasco, Laura Prado Acosta y Juliana Cedro –investigadoras y docentes de la UNAJ–, y Mariela Rubinzal –investigadora y docente en la UNL– llevar adelante un seminario interno, con encuentros mensuales dedicados a discutir trabajos en curso o literatura especializada en torno a estas problemáticas, que mantiene ya cuatro años de funcionamiento regular. Ese mismo año surgió la idea y logramos conformar la Red de Estudios sobre Política de Masas y Cultura de Masas (UNGS-UNAJ-UNL).

Los días 15 y 16 de julio del 2015 la Red organizó las III Jornadas “Política de masas y cultura de masas en entreguerras”, en la UNGS. Para ello obtuvimos la asistencia financiera otorgada por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica a través de la “Convocatoria RC 2014”, el ICI y la Secretaría de Investigación de la UNGS, y la UNAJ. Merecen nuestro agradecimiento todos aquellos/as investigadores/as, becarios/as y tesisistas de diversas universidades e instituciones científicas, entre ellas, el Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad

Nacional de La Plata (UNLP), la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ), la Universidad de San Andrés (udesa), la Universidad de San Martín (UNSAM), la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT), la Universidad de Rosario (UNR), la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA), que se sumaron a este encuentro. Vale mencionar en especial a Matthew Karush (George Mason University) y Mónica Maronna (SIN/FIC-Universidad de la República-Udelar-Uruguay), quienes viajaron a Buenos Aires para participar de estas Jornadas. Del 6 al 8 de septiembre del 2016 tuvieron lugar las IV Jornadas “Política de masas y cultura de masas. América Latina en entreguerras: miradas locales, nacionales y transnacionales” con sede en la UNGS. Fueron posibles gracias a los fondos otorgados por el ICI y la Secretaría de Investigación de la UNGS, la UNAJ, el Conicet a través de la “Convocatoria RC 2016” y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, mediante la “Convocatoria, RC 2016”. Nuestro reconocimiento a los y las especialistas, becarios/as y tesistas de las diversas universidades e instituciones científicas –Conicet, UNGS, UBA, UNLP, UNAJ, Udesa, UNSAM, UTDT, la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTRF), UNR, UNC, UNCPBA–, por sus presentaciones e intercambios. Asimismo, agradecemos por su participación a Joel Horowitz (St. Bonaventure University), Donna Guy (Ohio State University), Mónica Maronna (SIN/FIC-Udelar) y Gabriela Pulido Llano (Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia –INAH–). De igual manera, expresamos nuestra gratitud a los y las tesistas, becarios/as y estudiantes de grado y posgrado, que nos asistieron en la organización de todos estos encuentros y que nos estimulan, a diario, para sostener este proyecto.

En 2017 nos abocamos a trabajar en esta compilación. Varios de los investigadores y las investigadoras de la Red participaron en una mesa dedicada específicamente a esta problemática, titulada “Política y cultura en la Argentina de entreguerras”, que se llevó a cabo en las XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia realizadas en la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP) en el mes de agosto. Nuestro reconocimiento a quienes contribuyeron, en esa ocasión, con sugerencias y orientaciones para perfeccionar nuestros trabajos. Durante todo ese año, las reuniones del seminario de la Red se destinaron a discutir los capítulos que integran esta compilación. Agradecemos a los autores y las autoras por su compromiso y pasión en este libro.

La publicación ha sido posible gracias a fondos otorgados por la Agencia de Investigaciones Científicas y Técnicas (“Convocatoria de Reunión Científica 2016”) y por el ICI de la UNGS. Nuestro reconocimiento a los evaluadores

anónimos por sus sugerencias y a la Dirección General Editorial de la UNGS por su asistencia en la labor de edición. A nuestros colegas, amigos y amigas, y muy especialmente a nuestras familias, cuyo aprecio y afecto nos alentaron en nuestro trabajo cotidiano, queremos expresarles, como siempre, nuestro mayor agradecimiento.

Política de masas y cultura de masas: recorridos y convergencias

Sandra Gayol y Silvana A. Palermo

Raymond Williams afirmaba que en realidad no existen las masas. Tan solo existen las posibilidades de considerar a los seres humanos como masas (Williams, 1997). El concepto de “masa” todavía hoy arrastra connotaciones negativas –de amenaza, sospecha, desdén, irracionalidad– que encuentra sus primeros ecos especialmente en las últimas décadas del siglo XIX. Es aquí, precisamente, cuando lo utiliza el lenguaje de la ciencia –a través de los expertos–, de las élites dirigentes y de los intelectuales. Si en principio no remite a un sector social específico y tampoco a una categoría política, casi desde el inicio de su emergencia como concepto –con sus sinónimos de multitud y muchedumbre– se adosó prácticamente en todo Occidente a hombres y mujeres humildes, que se veían a sí mismos como trabajadores, y a los sectores populares, cuyo creciente protagonismo en la vida política parecía insoslayable.

El crecimiento de la ciudad, el nacimiento y proliferación de un mercado de bienes simbólicos y la aparición del espectáculo como nueva práctica de experiencia cultural en la comunidad (Montaldo, 2016: 15), provocaron que en diferentes agentes y en distintos espacios la palabra *masa* sea usada también para referir, y muchas veces valorar y enjuiciar, fenómenos culturales y políticos diversos. Tan fascinantes como inasibles, tan temerarias como indispensables, la política y el mercado dialogaron de maneras muy diversas con las masas. Las primeras décadas del siglo XX en la Argentina constituyen un momento privilegiado, aunque no único, para reflexionar sobre este diálogo. Tal es el propósito general de este libro.

Analíticamente, el concepto de masa se impuso hace varias décadas cuando una nutrida corriente de investigadores se dedicó a contornear sus rostros, comprender sus acciones, explorar la relación compleja –y para muchos en

perpetua tensión— con la cultura popular. El concepto, sostienen, mantiene su potencia analítica y heurística a la hora de dar carnadura o explorar los lenguajes de las transformaciones políticas y culturales que inauguró el mundo contemporáneo (Mosse, 2007; Gentile, 2017). En el último cuarto del siglo XIX cuando “las masas acabarían haciendo su aparición en el escenario político, la política electoral se transformó” (Hobsbawm, 1985: 95). Los Estados debieron enfrentar el desafío de suscitar lealtades y mantener la unidad. La consecuente invención de tradiciones fue paralela al descubrimiento comercial del mercado de masas y de los espectáculos y entretenimientos de masas. Efectivamente, en esas décadas adquirió mayoría de edad la publicidad y nació el cartel moderno (ibíd.: 116). Un cartel o afiche podía servir para comunicar un aviso comercial, un anuncio político y un mensaje del Estado a la ciudadanía.

En la Argentina, las reflexiones y preocupaciones por la irrupción de las “masas” se nutrieron de un proceso histórico cuyos rasgos distintivos hoy nos son mejor conocidos. La explosión demográfica reconoce sus inicios más significativos a fines del siglo XIX con la llegada masiva de inmigrantes europeos, y otra gran transformación se abre con las migraciones internas, iniciadas en la década del treinta del siglo XX, al calor del incipiente desarrollo de la industrialización local. Con altibajos, de ningún modo lineal, y por supuesto sin soslayar las inequidades en términos de clases sociales y de género, las primeras décadas del siglo XX muestran además una expansión y transformación económica que se tradujo en una mejora en el poder adquisitivo de la población. Tras la retracción provocada por la crisis mundial de 1930, un nuevo ciclo expansivo, sobre la base del desarrollo industrial y la redistribución del ingreso tendría lugar, como se sabe, durante el peronismo clásico.

Si tanto esa “sociedad aluvional” como esa sociedad “de masas” tuvieron infinitas consecuencias y generaron distintos diagnósticos y modos de intervención; lo que interesa retener aquí es la aglomeración urbana. No solo todo está lleno de gente —los cafés, los teatros, las calles, las plazas—, sino que se llenan espacios antes reservados a las minorías. La intrusión, la invasión, la posesión de lugares que la civilización había creado y pretendía reservar para los “mejores”, y que tantas reflexiones disparó entre los contemporáneos, desembocó o desembocaría —se creía— en la dictadura de las masas. Las masas, entonces, no solo tienen acceso al poder social completo, como afirmó sin dudar en la versión intelectual hoy clásica José Ortega y Gasset, sino también al poder político.

Podría argumentarse que de forma muy dispar para hombres y mujeres la democratización política profundizó, tensó, los desajustes y desafíos que la democratización social colocaba en primer plano. En la Argentina, la Ley Sáenz

Peña de 1912, que estableció el carácter secreto y obligatorio del voto de los varones nativos adultos, las opiniones divergentes que generó entre las élites políticas y técnicas, los usos que hicieron los nuevos ciudadanos eligiendo a candidatos, las luchas por la ampliación de la ciudadanía política y el reconocimiento de derechos sociales en la primera mitad del siglo xx, condensan este complejo proceso.

El foco de este libro está puesto en analizar la relación y articulación entre política de masas y cultura de masas en la medida que los procesos de democratización política y cultural no solo coincidieron en el tiempo, sino que, como se desprende de las contribuciones aquí reunidas, se potenciaron mutuamente. Por ello no se estudian en forma separada, como suele aparecer todavía en varios trabajos, sino en su interacción e influencia recíproca. Es decir, en este libro nos esforzamos por analizar y comprender los modos en que las campañas electorales, las fidelidades partidarias, las discusiones ideológicas, la conceptualización de derechos y el funcionamiento del Estado se hacen visibles en expresiones culturales concretas y, al mismo tiempo, apuntamos a analizar y comprender el modo en que la modernización y transformación cultural influyó en las prácticas y discursos políticos, en la conformación de las burocracias estatales, en la ocupación del espacio público y en la construcción de representaciones y experiencias sobre la política.

Dos operaciones fueron necesarias. Por un lado, diversificar los objetos de indagación y, por otro lado, ampliar el alcance de dos conceptos claves como lo son *política* y *cultura*. Así, el lector encontrará en las páginas que siguen una aproximación a la epidemia de poliomielitis en los años treinta, un archipiélago de formas de identificación individual implementadas por el Estado en el recambio de siglo, una fuga carcelaria, guionistas cinematográficos comunistas fascinados con el cine, médicos preocupados por el desorden sexual y los celos, la construcción de una cárcel y también de un barrio, un galán-cantor devenido peronista, el funeral de la “jefa espiritual de la nación”, la cobertura de la campaña presidencial de 1916 por parte de las revistas ilustradas, el uso del cine por el Estado santafecino y representaciones sobre la política en las obras del género chico de los teatros de la calle Corrientes de Buenos Aires. Este abanico de temas con sus lógicas propias, impuso el corrimiento de los sentidos más clásicos con los que habitualmente se entiende a la política. Así, esta es concebida en este libro como una actividad que involucra una multiplicidad de actores, con experiencias y prácticas en ámbitos diversos quienes, en sus pugnas por el poder, definen, se apropian, contestan y resignifican nociones de autoridad y legitimidad. No se restringe, entonces, a las acciones de los líderes políticos

y no solo se despliega en el funcionamiento de las instituciones estatales o los partidos políticos, pues puede emerger en momentos de ocio o, por ejemplo, en la conformación de élites técnicas. Es mucho más, obviamente, que un proceso técnico –introducción de procedimientos y métodos de elección de autoridades, formación y performance de partidos políticos– e incluye emociones, ideas de moralidad, expectativas y convicciones que devinieron, a su turno, en herramientas de acción y de opción política.

La cultura de masas es un conjunto de lenguajes, bienes y objetos que remiten a la industria, el mercado y el consumo. Puede contener elementos tradicionalmente definidos como populares, pero lo suyo es la combinación de prácticas y el desarrollo de sistemas de producción y difusión modernos. No solo no remite a un sector social concreto sino que se caracteriza por la mezcla, el caos, la apropiación y el conflicto (Montaldo, 2015: 15). La masificación surgida de los cambios tecnológicos alentó la amplia difusión de la prensa, la radio, el teatro y el cine. Estas expresiones de la cultura de masas ocupan un lugar prominente en este libro y fueron situadas en sus respectivos contextos de producción y circulación, pero también en el marco de las disputas por la democratización política y de incorporación de nuevos actores a la política. Como se desprende de las páginas que siguen, la política no fue indiferente al *marketing*, al crecimiento de nuevas lógicas y productos culturales. Estos tampoco ignoraron las enormes potencialidades que la política ofrecía. La cultura de consumo masivo, como una forma particular de consumo, implicó la intersección de mercados en crecimiento, entre los que se encontraba el mercado político. El consumo, sostiene Milanesio (2014), es un fenómeno multifacético que involucra un vasto rango de prácticas de comprar, usar, desplegar y desear, todo lo cual implica complejas relaciones entre sujetos y entre sujetos y bienes. La política, se demuestra en este libro, fue también un objeto de consumo por un público muy diverso. Se expresó a través de formas e instancias muy disímiles e impregnó de diferentes maneras al mercado de productos culturales. En consecuencia, ciertas expresiones de la cultura de masas, como por ejemplo el teatro y el cine, constituyeron arenas de politización de una amplia franja de la población, inclusive de aquellos jóvenes, mujeres y extranjeros no incorporados formalmente a la práctica electoral.

Periodizaciones

Poner el foco en la primera mitad del siglo xx con el fin de comprender los vínculos recíprocos entre política y cultura de masas en la Argentina, preguntarse por la dinámica de esa relación, por las modulaciones y reconfiguraciones específicas, es también enfrentar el problema de los cortes y de la discordancia de temporalidades. ¿Cómo recortar un período que no subsumiera necesariamente nuestros objetos y preguntas en las modulaciones que propone la historia política o, al revés, las cesuras privilegiadas por la historia sociocultural? En el curso de nuestra investigación fuimos realizando un acercamiento crítico a las periodizaciones habituales de dos perspectivas historiográficas que no siempre dialogan entre sí: la historia política y la historia sociocultural.

La historia de la democracia política y sus conflictos en la Argentina ingresa en la dinámica de los procesos históricos. En este largo camino de construcción, en la búsqueda de diferentes intentos, en el ensayo de diversas formas de representación y también en el concomitante y complejo proceso de construcción y aprendizaje de la ciudadanía, el arco temporal comprendido desde la caída del gobierno de Rosas hasta las vísperas del golpe militar de 1943 se revela pertinente (Bertoni y De Privitellio, 2009). En esta perspectiva secular, sensible a anudar las normas con las prácticas, la ley de Reforma Electoral de 1912 constituye “por cierto un momento de enorme significación, pero no implica necesariamente un corte tajante” (ibíd.: 10). Pues, se arguye, a partir de ella las prácticas políticas no varían de manera sustantiva, y quienes ejercen el derecho del sufragio comparados con el total de la población son numéricamente muy poco significativos. En consecuencia, para las elecciones de 1916 no parece adecuado hablar de “masificación de la política” o “democracia de masas”, expresiones que marcan un cambio tajante en el escenario electoral después de la ley de 1912 (ibíd.: 12). El golpe de 1930 aparece como mucho más significativo a la hora de buscar cambios drásticos en la situación política, en la medida que fue a partir de él que se acentuaron los debates sobre cuál era la mejor y más eficiente forma de representación política para la sociedad.

En efecto, para quienes indagan el sistema político de la Argentina, sus actores y estrategias, un recorte temporal fundado en cambios institucionales o en el signo de los partidos de gobierno es pertinente. En la presentación de una obra colectiva recientemente publicada, su compilador propone “volver a, y a la vez enriquecer, la historia política” a partir de una revisión del período 1930-1943, marcado por los dilemas que inaugura el golpe cívico-miliar de 1930 y, en cierto modo sugiere el libro, cierra el golpe de junio de 1943 (Losada, 2017).

Es en este marco temporal que resultan comprensibles los cursos de acción de los principales exponentes y corrientes de la vida pública argentina, entre ellos los conservadores, radicales, nacionalistas, católicos, socialistas y comunistas.

Una aproximación sociocultural a estos mismos objetos pone en tensión esta periodización. Al formular preguntas diferentes y bucear con más intensidad tanto en las experiencias y coacciones que soportan los actores como en la expresión cultural que pueden tener ciertos fenómenos o procesos políticos, los cortes pueden ser otros y, por ejemplo, la Ley de Reforma de 1912 adquiere decididamente otra significación. La convicción de que a partir de ella cambiaban las reglas del juego político impregnó las páginas de las revistas ilustradas y se trasladó también al teatro de género chico, como sugieren los trabajos de Palermo y González Velasco en esta compilación. La incertidumbre de los resultados electorales asociada con la implementación de esta norma modeló las prácticas de los candidatos y alentó nuevos artefactos culturales puestos al servicio de la seducción del votante. Las representaciones escénicas articuladas en torno a las prácticas políticas y a dirigentes políticos específicos que hizo suyo el teatro, clave en el mercado de entretenimiento de los años diez y veinte, dialogaban de manera informada y crítica con la coyuntura política y revelan que la politización –entendida como interés y/o involucramiento con lo público, con la dinámica electoral y la vida partidaria– podía exceder ampliamente a los hombres habilitados para votar.

Desde esta perspectiva, también los años veinte adquieren otro espesor (Lida, 2015). Pues, como argumenta Silva en su capítulo, la prensa masiva interpela, discute y cuestiona la eficacia de la política estatal carcelaria, prácticamente desde comienzos del siglo xx. Algunas de esas noticias encuentran una oportunidad excepcional para ser leídas, amplificadas y legitimadas, a partir de las transformaciones institucionales inauguradas por un sistema político competitivo. Es a la luz de la singular coyuntura que auspicia la Ley de Reforma de 1912 que se comprende la secuela de proyectos de reforma penal y penitenciaria que abundan en la agenda parlamentaria y el reformismo de la segunda década del siglo xx. Más aún, los periódicos contribuyeron a profundizar el conflicto político en ocasión de la fuga de presos de la cárcel de Neuquén en 1916 y, además, a precipitar la interpelación a los representantes del Poder Ejecutivo alentada por diputados que habían accedido a sus bancas a partir de la nueva norma electoral. Si en los diferentes proyectos de reforma penal de los años veinte es posible escuchar el eco de la fuga de 1916, también este evento con final trágico se nutre de una mirada crítica hacia el Estado que la antecede y está vigente desde, por lo menos, 1910.

En los últimos años, numerosos trabajos interesados en el entrecruzamiento de la constitución de los campos disciplinares con las demandas del Estado inician sus indagaciones a partir de finales del siglo XIX, pues es aquí, se sostiene, cuando los Estados empiezan a necesitar del conocimiento proporcionado por las nascentes ciencias sociales y la profesionalización de los saberes técnicos. Las últimas décadas del siglo XIX son el punto de partida de investigaciones que recorren todo el siglo XX a los fines de precisar las formas de articulación entre transformaciones sociales o ideológicas, cambios al interior de los saberes específicos y del Estado (Plotkin y Zimmermann, 2012; Bohoslavsky y Soprano, 2010). La búsqueda de estas configuraciones alienta, o impone, temporalidades diferenciales y tiempos propios muy sugerentes a los fines de esta compilación.

Explorar, por ejemplo, los inicios del sistema documentario en la Argentina, como propone García Ferrari en este libro, exige remontarse a fines del siglo XIX, cuando se incrementó la necesidad del Estado de controlar el vertiginoso crecimiento de la población y sus movimientos. Claro que al interrogarse cuándo ese sistema documentario deviene “la moda de las libretas”, la periodización se torna más flexible, y si bien sus contornos temporales aún son objeto de discusión para los historiadores, los años de entreguerras llegan a ser significantes si se pretende precisar la cronología de “la moda de las libretas”. La política parece tener su parte pues, como advierte García Ferrari, la libreta se convierte en un bien preciado al garantizar el ejercicio de un derecho –sufragar en condiciones limpias, por ejemplo– y al acceso de ciertos beneficios que el Estado debe asegurar a sus ciudadanos.

Con todo, las delimitaciones e inflexiones someramente delineadas aquí no son tan obvias cuando desde una perspectiva sociocultural se piensa en la transformación de la estructura social fruto de las migraciones transatlánticas o internas, en la expansión urbana, en los intentos de propagar nuevas normas del sentir y en la democratización cultural a través del incremento sustantivo de la producción y circulación de bienes, discursos y prácticas simbólicas. Las décadas de 1920 y 1930 cobran particular relevancia. Es en estos años, precisamente, que pone el foco Beatriz Sarlo para entender de qué modo los intelectuales argentinos vivieron los procesos de transformaciones urbanas y, en medio de un espacio moderno como ya era Buenos Aires, experimentaron un elenco de sentimientos, ideas, deseos, muchas veces contradictorios (Sarlo, 1988 y 1992). Es también en ese lapso temporal cuando “el mundo y la vida de los intelectuales cambia aceleradamente” y cuándo “su sistema de respuestas culturales producido estos años será influyente por lo menos hasta la década del ‘50” (Sarlo, 1998: 27).

También Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero pusieron la mira, hace tiempo, en el período de entreguerras o, en palabras de Romero, “entre el advenimiento del radicalismo y el del peronismo si se prefiere definirlo en términos de nuestra historia política” (Romero, 1986: 1). Es en estos años, sostienen, cuando la sociedad porteña y sus sectores populares cambiaron profundamente. En torno de los barrios se organizó una nueva sociabilidad barrial, se acuñaron nuevas experiencias, se procesó una cultura popular singular, distinta de la del centro y del pasado contestatario de la década anterior. En sus palabras: “... en el proceso que transcurre entre la década de 1880 y el surgimiento del peronismo nos pareció que podían distinguirse dos grandes períodos: uno magmático y conflictivo que se extendió hasta 1910 y, otro más estable, de maduración y génesis, en las décadas de 1920 y 1930” (Gutiérrez y Romero, 1995: 10). Fruto de un proceso de paulatina argentinización y como resultado del proceso de movilidad social, dichos autores sostienen que “entre las dos guerras mundiales, esta identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose, y progresivamente se constituyó otra, que hemos caracterizado como popular, conformista y reformista” (ibíd: 11). Este paradigma interpretativo ha sido puesto en tensión, aunque sin cuestionar la pertinencia del recorte temporal, tanto en sus aspectos excesivamente optimistas (Caimari, 2012) como en su supuesto efecto despolitizador (Karush, 2013). Nuevas preguntas, además de otros documentos, permiten descubrir otras modulaciones. Como sugiere Cubilla en esta compilación, 1938 oficia de epítome de un conflicto expresado en el barrio de Villa Devoto, conflicto que comenzó a gestarse desde el funcionamiento de la cárcel en 1927. En tensión con el imaginario honorable que la prensa local se empeñaba en construir, la cárcel no solo recoloca el delito en el espacio barrial, sino que politiza al barrio con los presos políticos que contienen sus muros. Ese año, 1938, sostiene Prado Acosta, es muy significativo también para empezar a trazar el acercamiento de escritores vinculados con el entramado cultural comunista con la cultura de masas, especialmente con el cine.

La politización de los contenidos de los films y los usos políticos del cine permiten, a su vez, otras articulaciones temporales particulares. Como propone Rubinzal, desde muy temprano en su expresión silente el cine fue pensado por el Estado de Santa Fe como instrumento pedagógico para los escolares de la provincia. Para comprender la persistencia de los clivajes de clase, en articulación con la radio y la música, 1920-1946 se propone como un momento coherente (Karush, 2013). Y si, como indicamos, 1938 es relevante desde la perspectiva del acercamiento que realizan los comunistas, es insuficiente si lo que se busca es comprender la consolidación de un sistema de producción y

distribución caracterizado tanto por su capacidad técnica y calidad expresiva de sus películas como por el contenido social de algunas de ellas. Para esto, la década del treinta hasta avanzada la de 1950 es particularmente importante (Lusnich, Aisemberg y Cuarterolo, 2017; Kelly Hopfenblatt, 2015; Kriger, 2009). Del mismo modo, para comprender la “convergencia de medios” que permitió el desarrollo de una industria del entretenimiento que transformó las prácticas del consumo de masas, configurando un nuevo tipo de espectador-oyente-lector con un rol activo como consumidor, el punto de arranque es 1930 y un corte posible se encuentra en 1943 (Gil Mariño, 2015). El proceso de construcción de un sistema de estrellas, indisociable de la expansión de las industrias culturales, desafía, no obstante, estas temporalidades. Como propone Calzón Flores, el galán-cantor de los años cuarenta es heredero de la década previa. Más aún, si se tienen en cuenta sus criterios de definición, la relación con la música –en especial el tango– y el pasaje del teatro al cine, estas dos décadas muestran una notable continuidad. Es la política, concretamente el peronismo, la que provoca una disrupción cuando, en 1949, Hugo del Carril haga pública su adhesión al movimiento.

Los recortes temporales son herramientas para conocer el pasado, pero también, como sugiere Gayol, es posible restituir las cesuras –no necesariamente coincidentes con los recortes analíticos de los historiadores– que proponen y/o experimentan los actores que estudiamos. La muerte de Eva Perón en julio de 1952, por motivos muy diversos, fue pensada, y es posible que también sentida, como una ruptura radical. La recomposición política del peronismo y el veloz reposicionamiento en la cima del poder del líder fue casi inmediata, sabemos, pero este hecho no ocluye ni disminuye la sensación de derrumbe que la desaparición física de Eva provocó para una multiplicidad de actores, incluyendo al propio Perón. Si la muerte es un punto de inflexión, las emociones que ella despierta y que son desplegadas en el espacio público –no las oficialmente exigidas– se inscriben en un tiempo más largo que antecede la llegada del peronismo al poder y que, como sugiere Lazarte, encuentran en los años treinta un espacio potente de enunciación y de propuestas de transformación.

En el proceso de elaboración de este libro dialogamos y nos inspiramos en los trabajos mencionados antes. También en muchos otros que el lector encontrará en cada colaboración puntual. Fue nuestra intención afinar mejor los recortes temporales e intentar distinguir entre las temporalidades creadas por nosotros y aquellas pertinentes para los agentes históricos.

Las preguntas de investigación, los documentos privilegiados, las perspectivas analíticas, y/o las herramientas teóricas escogidas –y también una cierta

inercia historiográfica— condicionan e inciden en la manera en que los historiadores trabajamos con el tiempo. En el título de su último e iluminador ensayo, Jacques Le Goff (2016) se interroga: *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?* Con su pregunta desafía a la comunidad de historiadores habituados a periodizaciones eurocéntricas, devenidas lugar común historiográfico, que la historia global pone en cuestión. Insiste en la necesidad de meditar los criterios con que seccionamos el tiempo. En sus propios términos, podríamos decir que este libro ha optado por una rebanada de considerable espesor y de contornos porosos. Al definir con cierta maleabilidad la primera mitad del siglo xx como período de análisis, al estar atentos a las periodizaciones particulares impuestas por la pregunta y la perspectiva analítica.

Estructura del libro

La compilación se organiza en torno a dos ejes que, con el correr de los años, orientaron nuestras discusiones y las puestas en común de nuestros avances de investigación en seminarios, talleres y jornadas.

La primera parte del libro, “El Estado y la política de masas”, está integrada por seis capítulos dedicados a explorar diversas experiencias y representaciones sobre los modos de intervención estatal, los acercamientos de los expertos y funcionarios al mundo de las industrias culturales y los usos que de ellas hicieron al descubrirlas como instrumentos tan tentadores como aptos para alcanzar públicos cada vez más amplios. Asimismo, al indagar al Estado —sus saberes y prácticas— en la cultura de masas, estos capítulos reponen el indudable protagonismo de dichas industrias —la prensa, el cine— como ámbitos de construcción, debate, disputa de múltiples y disímiles imaginarios sociales respecto a la modernidad estatal.

En la segunda parte de esta compilación, “La política en la cultura de masas”, se reúnen seis capítulos que comparten su interés por explorar las formas y expresiones de la política en aquellos nuevos y diversos soportes que ofrece la expansión de la industria cultural en la Argentina de la primera mitad del siglo xx. En su conjunto, estos capítulos documentan que los intercambios entre política de masas y cultura de masas resultan de un proceso que va en ambas direcciones. De múltiples y deliberadas maneras aquellos intelectuales comprometidos con ciertas posiciones ideológicas, los hombres de partido y de gobierno, los expertos, más allá de sus dudas o previsiones, echaron mano a las posibilidades comunicativas que aquellas les ofrecían en pos de transmitir sus

convicciones, prescribir conductas respecto a los comportamientos públicos e incluso privados, construir y afianzar lealtades partidarias. Por su parte, la prensa, el teatro, el cine observaron con curiosidad los personajes, conflictos, procesos y acontecimientos de la política. Se refirieron a ella en sus propios términos, la hicieron objeto de análisis, crítica, humor y ficción. Periodistas, fotógrafos, guionistas o directores, con lenguajes y estéticas propias, dotaron de sentido a la política e, inclusive, en ocasiones, concibieron su labor como gestos consecuentes con aquellos compromisos ideológicos o partidarios que los convocaban.

Al interior de cada una de las partes del libro, el orden es cronológico. La primera parte, “Estado y política de masas” se inicia con el capítulo de Mercedes García Ferrari “La moda de las libretas. Los orígenes de un sistema documentario en la Argentina”. El recorrido se remonta a fines del siglo XIX, cuando surgen una serie de papeles y objetos de identidad, que devendrán moneda corriente en los años veinte e, incluso, alcanzarán a gobernar a los individuos en sus interacciones con la burocracia hacia fines de la década del treinta. Así, la autora sostiene que la Cédula de Identidad y la Libreta de Enrolamiento son jalones significativos, pero no solitarios, en ese abigarrado sistema documentario, si bien la valoración de esta última se indexe al asociarse al ejercicio de las libertades cívicas establecidas por la Ley Electoral de 1912. Su capítulo no deja dudas respecto del potencial de una perspectiva sociocultural del Estado—tan atenta a los saberes expertos y las dinámicas burocráticas como a los usos e imaginarios de esa sociedad documentada— que se enriquece al articularse con una reconstrucción global de la historia de la identificación, una historia que claramente trasciende las fronteras nacionales.

Los dos capítulos siguientes, “La conexión La Plata-Avellaneda: entre un camino y un tren (1907-1916)” de Juliana Cedro y “El caso del cinematógrafo escolar en entreguerras: tensiones entre Estado, mercado y política en Santa Fe” de Mariela Rubinzal, se concentran en el Estado de la provincia de Buenos Aires y el de Santa Fe, respectivamente. Si el primer capítulo de esta compilación da cuenta de un Estado nacional que enfrentó, con relativo éxito, los desafíos de documentar a una sociedad en vertiginoso crecimiento, los dos capítulos siguientes se detienen en los retos que los Estados provinciales afrontaron al intentar dotarla ya fuera de una infraestructura que fortaleciera sus posibilidades de movilidad y comunicación, o bien de un sistema educativo que aspirase a convertir a niños y jóvenes en ciudadanos virtuosos. El contrapunto entre ambos es revelador. Mientras que J. Cedro demuestra que definir la mejor opción—un tren, un camino o ambos a la vez— insumió las energías de las élites políticas

y funcionarios de la provincia de Buenos Aires, quienes tampoco parecieron coincidir en los objetivos de una obra acotada; M. Rubinzal descubre un Consejo General de Educación provincial confiado en sus medios y propósitos. Sin dudar, sus funcionarios optaron por el cine con miras a llevar adelante su misión de modernización cultural. Así, su análisis habla de las posibilidades de éxito de una industria cultural que logró seducir muy tempranamente tanto a esa heterogénea sociedad local como a aquellos funcionarios de Estado esforzados en integrarla a una comunidad nacional que imaginaban armónica.

El cuarto y el quinto capítulo coinciden en poner su atención en las cárceles y la política penitenciaria, aunque en escenarios disímiles: el territorio del Neuquén y el barrio porteño de Villa Devoto. En “‘La sublevación de la Cárcel de Neuquén’: prensa y política en los albores de la república democrática”, Jeremías Silva reconstruye la cobertura periodística de un acontecimiento que, al correr los días, derivó en un incidente trágico. Advierte que los diarios habilitaron versiones que, desde el primer momento, pusieron en duda la interpretación oficial, cuestionaron la eficacia de la política penitenciaria e incluso objetaron la propia legitimidad del uso de la violencia estatal. Estas disonancias de la prensa, sostiene Silva, se amplificaron en el seno de un Parlamento crecientemente diverso, a raíz de la llegada de legisladores de distinto signo partidario, electos en la contienda de abril de 1916. Así contemplado, este excepcional episodio aporta pistas para reflexionar sobre la compleja interrelación entre prensa, política y reforma penitenciaria en la república democrática. Por su parte, el capítulo de Erica Cubilla “¿Alcaldía de Contraventores o ‘Cárcel de Villa Devoto’?: representaciones en disputa en torno a un barrio porteño en los años treinta” revela cuánto importan las batallas por los nombres. Según argumenta la autora, la cárcel marcaría el espacio barrial, su sociabilidad y los imaginarios sociales construidos sobre este nuevo barrio. Y fundamentalmente, concluye, se convertiría en un elemento disruptivo en esa representación ideal de barrio próspero y decente, que algunos de sus vecinos y vecinas, mediante la prensa local, se esforzaron en proyectar durante la década del treinta.

La primera parte se cierra con la contribución de Maximiliano Fiquepron, “Poliomielitis en Buenos Aires: Imaginarios de la parálisis infantil (1936-1943)”. Este capítulo vuelve la mirada sobre otro ámbito prioritario de la intervención estatal: la salud pública. Muestra las perplejidades médicas frente a una enfermedad epidémica de secuelas graves, ante la cual las viejas prácticas profilácticas del higienismo se muestran ineficaces. En una ciudad en transformación y en un contexto político en el que la preocupación por el desorden público devino prioritaria, el autor descubre cómo se multiplican los temores y ansiedades

sociales, mucho más allá del estrecho círculo médico o de los límites de las agencias sanitarias.

La segunda parte del libro, “La política en la cultura de masas”, se inicia con dos capítulos que se interrogan sobre las formas y expresiones de la política en tiempos de la república democrática. En el séptimo capítulo, “La ‘lotería electoral’: la primera campaña presidencial bajo la ley Sáenz Peña en las revistas ilustradas (Argentina, 1916)”, Silvana Palermo procura demostrar que los semanarios ilustrados coincidieron en presentar esta contienda como un acontecimiento sin precedentes e imprevisible. Para ello, apelaron a recursos narrativos y visuales, plagados de referencias a situaciones de la vida cotidiana: la lotería, los juegos y el carnaval. En su empresa, estas revistas no solo testimoniaron los cambios que la Ley Electoral de 1912 introdujo, sino que, según sostiene la autora, contribuyeron a provocarlo. Con su singular estilo de comunicación, su apelación a públicos diversos, su esfuerzo –pese a sus sesgos porteños– de informar sobre el curso de la campaña a escala nacional, estos semanarios no hicieron más que potenciar el alcance de este acontecimiento y dotarlo de su novedad. Por su parte, Carolina González Velasco, en su capítulo “Otros escenarios para la política en los años veinte: el teatro de género chico” argumenta que el teatro brindó un espacio rico y singular “para la presentación, representación y discusión de diversos temas de la política de esos años”. Con este fin, recupera un corpus amplio y diverso de obras del género chico que dialogaban “de manera informada y crítica con la realidad política”. Más aún, según sostiene, “la ficción ampara la posibilidad de decir y mostrar sin demasiado prejuicio, las tensiones y contradicciones de la cultura política del momento”.

Los dos capítulos siguientes “Entre el comunismo y la industria cinematográfica argentina: los escritores-argumentistas Pondal Ríos, Amorín y Yunque (1938-1941)” y “Médicos, amor y celos. Una emoción en transformación (Buenos Aires, 1930-1940)” a cargo de Laura Prado Acosta y Cinthya Lazarte respectivamente, descubren en la arena cultural los contornos de esa creciente polarización política que la Argentina y el mundo experimentan en los años treinta. A partir de la reconstrucción de los itinerarios de esos tres escritores devenidos en guionistas, Prado Acosta repone los acercamientos de los comunistas al mundo del cine, los sentimientos encontrados que este acercamiento les provocaba y la consecuente politización de los productos culturales masivos. De la misma manera, Lazarte demuestra cómo los médicos alcanzaban un público amplio, a través del consumo creciente de revistas de divulgación científica, con el objeto de prescribir aquellas reglas del sentir que creían socialmente apropiadas sobre el amor. Según la autora, en los años treinta los celos preocupan

con intensidad al saber médico, provocan interpretaciones disímiles y, cuando se trata de celos expresados por mujeres, son interpretados como negativos y disruptivos del orden familiar. Si bien la voz predominante parece poner el acento en la anormalidad de los celos femeninos, algunos médicos anarquistas suman una voz disonante al insistir en conceptualizarlos como un intento de liberación. Ambas autoras, en consecuencia, demuestran que las industrias culturales –revistas de interés general o el cine, por ejemplo– constituyeron ámbitos fecundos para poner en discusión desigualdades de clase e inequidades de género y auspiciaron múltiples imágenes, prescripciones y utopías diversas, y en algunos casos antagónicas, sobre el orden público y privado.

Los dos últimos capítulos de la compilación exploran diferentes facetas de la cultura del peronismo y procuran, a partir de ese análisis, comprender sus formas de hacer y concebir la política. En “Hugo del Carril: el galán-cantor y el artista comprometido”, Florencia Calzón Flores reconstruye los inicios de su trayectoria artística en el mundo del cine en los años treinta, gracias a la cual acreditó reconocimiento popular. Su paso a la dirección cinematográfica y el contenido social de sus películas en esa nueva etapa constituyen, a su entender, una vía de acceso para comprender la forma que tomó en Hugo del Carril el acercamiento al peronismo. En tal sentido, ese vínculo previamente construido con el público nutrió su identificación política con el peronismo en cuanto movimiento popular. A su vez, como demuestra su estudio, esa consolidación previa como figura del espectáculo y su éxito como director le permitieron ciertos márgenes de autonomía ante la ortodoxia oficial, sin correr riesgos de poner en duda su inequívoca lealtad peronista y su identificación con lo popular.

La compilación cierra con el capítulo de Sandra Gayol “La unanimidad de la congoja: la muerte de Eva Perón en 1952”. Sobre la base de un contrapunto entre la prensa oficial y los documentales producidos por el Estado en ocasión del funeral de Eva Perón con el contexto político en general y el del peronismo en particular, la autora se aproxima al lenguaje del dolor –narrado en palabras e imágenes– con el propósito de develar los significados atribuidos a la congoja y las lágrimas en el discurso oficial. Según sostiene, la reiteración en la expresión del llanto “fue propuesta como un contrato de paz social y de comunidad política que buscaba contrarrestar las fuerzas centrífugas que jaqueaban al peronismo”. En la pertinaz vocación de las publicaciones oficiales de mostrar la unanimidad emocional de la población, los relatos buscaban exorcizar las tensiones y pujas internas que erosionaban al oficialismo. Si la intención prescriptiva de los relatos oficiales apuntó a reforzar la unidad y amalgamar al peronismo a partir de la comunidad emocional en torno a Eva, la insistencia en la “necesidad de

llorar" generó, en palabras de la autora, una sensación de derrumbe y de vacío difícil de llenar y de superar.

En el camino que fuimos recorriendo en la construcción de este libro intentamos poner en diálogo historiografías no siempre conectadas entre sí y repensar presupuestos, o convertir en un problema, periodizaciones, quiebres temporales y abordajes. Persuadidas del potencial que las palabras y las imágenes de la prensa, el teatro y el cine nos ofrecen, hemos procurado avanzar en una historia sociocultural del Estado y la política .hemos procurado avanzar en una historia sociocultural del estado y de la política y, al mismo tiempo, interrogar las expresiones y prácticas culturales atentas a las coyunturas políticas, los actores, las disputas por el poder. Esperamos que, al recorrer estas páginas, los lectores y las lectoras coincidan de algún modo con esta impresión y el libro les resulte igualmente fecundo.

